

Continúa la Repartición de Diplomas. Fragmento de un Discurso

Los encargados de formar la ciudadanía futura, están a punto de tener la satisfacción de defender la soberanía presente. La nacionalidad se forma de tres aspectos esenciales: la Raza, la Lengua y la Religión. Desde el primer punto de vista, el pueblo mexicano ha correspondido siempre a las altas características de su raza: impulsivo y valiente como los conquistadores españoles; resignado, sufrido y estoico, como sus antepasados los indígenas, y con la cultura y el progreso políticos recibidos de Francia, madre de la civilización contemporánea. La raza ha tenido y tiene en nuestro país, definida y característica expresión; no podrá ser, por tanto, fácilmente dominable, y a su energía física y a su valor moral y al entusiasmo político, agregaremos la antipatía instintiva y tradicional de raza a raza.

La Lengua, la expresión de nuestros pensamientos, rica en vocablos, en modulaciones, en ideas, será en nosotros eternamente rebelde, cualquiera que sea la pujanza de los invasores y la riqueza del dominador. La Lengua perdurará en todas partes como una protesta heroica y fuerte, la cariñosa lengua que en la infancia nos arrulló con las caricias de nuestra madre, que en la juventud nos moduló las tiernas expresiones del amor y que un día nos cerrará los ojos y poniéndonos la mano sobre

nuestra frente helada y nuestros labios exangües, exclamará: "Dense en paz."

Pero si el concepto de la Raza y el concepto de la Lengua úncense en estrecho lazo y forman muralla infranqueable, fuerte coraza e impenetrable armadura, queda todavía en este gran pueblo por tantos años explotado y esclavizado, la Religión.

Se dice que los reaccionarios mexicanos clérigos y católicos fanáticos, mueven activamente los tentáculos del monstruoso pulpo de la invasión y excitan al enemigo tradicional de nuestro pueblo a una guerra injusta y desigual. Y bien, esta vez los reaccionarios se equivocarán, como se equivocaron cuando, trayendo a un Archiduque católico para el fingido imperio, éste conservó los progresos políticos conquistados por los liberales y mantuvo separada la Iglesia del Estado.

¿Qué sucedería ahora? Supongamos al invasor dominando el territorio nacional, que todos esperamos no sería dueño sino del terreno que pisase; pero entonces ¿qué nos podrían traer los hombres del Norte? El dominio absoluto en los negocios, la absorción del criollo por el yankee y en ideas, el fanatismo protestante que quemó a Juan Huss en Ginebra, que expulsó a los puritanos de Inglaterra y que en la misma colonia nueva decapitó a los cuáqueros.

Nosotros, que hemos crecido educados en las teorías positivistas, que nos hemos despojado de todos los prejuicios religiosos, al tener que optar por una creencia religiosa no sería, seguramente, por la protestante: es ella la del vecino, la del enemigo, es con su Dios y con su fé, como invadiría el territorio, como con su dinero nos han invadido las misiones de propaganda evangélica.

Si había de volverse a alguna religión, el pueblo de México, preferiría dirigir sus ojos a sus antiguos altares luminosos, a sus cálices de oro, a sus ángeles de alabastro, a sus vidrios de colores, a las armonías de su órgano y al perfume del incienso y a los brazos de la cruz, abiertos para escudar en todos los cementerios de la República, los despojos de sus muertos.

La nacionalidad se defenderá, por lo tanto, con sus tres fundamentales aspectos: la Raza, la Lengua y la Religión. Los clericales que excitan al pueblo americano contra México, no sólo son traidores a su Raza y a su Lengua, sino también a su Dios ¿por qué entonces había de asombrarnos que estuviesen considerados en nuestra historia, como los eternos traidores de la Patria?

Agrupémonos los mexicanos ante la bandera de la Patria y como ayer lo hicimos para seguir al Jefe del Partido Liberal, al ciudadano Carranza en las vicisitudes de la lucha que acaba de concluir, estemos preparados para las contingencias de la lucha que puede comenzar.
